

**LOS GUERREROS
DE LA MARCA**

Alfredo García Agea

**LOS GUERREROS
DE LA MARCA**

**CUARTA PARTE
EL PODER DE LA OSCURIDAD**

**ESDR JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN METEÓRICA}

Primera edición, octubre 2023

© Alfredo García Agea, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Dessine Moi

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1584-2023

ISBN: 978-84-127786-5-6

Impreso en España · Printed in Spain

Morir no depende de nosotros; vivir sí.

G.AGEA

Para ti, abuela. Espero que estés orgullosa allí arriba.

El poder de la oscuridad

MAR PRINAICO



Alzhar
Cabo Reil
Italún
Osthria
Ziah
Virbaca
Efi
Lumea
Frusta

Recentia s

SAFIRA

Río Cárearo
Glista
Prados Jerjeris
Karilia

Colinas de IS

Acentra

Sias

Kiltilia

MONTAÑAS DEL PORTAL

Eternia

Tumba

Kena

Bahía de Aguasfrias

Bahía de Barcaquebrada

ÍZGAR

Brezales de Cluarnos
Sierra Media

Batián

Llanos de Ustaler

Sórca

Zarzalia

Sierra Alta

Río Siliar

Río Fair

Artisa

Puertacuerno Calén

Félas

Cisma

Archipiélago de Karsta
Médula

MAR BÁRBATO

Karlat
Lirias
Cisma

Estrecho Coran
Frali

Ércola

Estrecho Sul

Pritanos

Melanús
Altos Dominios

Montes Balcón
Tócara

Río Krios

Ecor

Céraco

NU



PRÓLOGO

El *Reino Paraíso*. Así era conocida Fisla en todos los rincones de Crisa. Sus infinitas playas de blanca y fina arena invitaban a soñar a todo ser con capacidad para ilusionarse. Por doquier, elegantes y altivas palmeras adornaban las tierras de un dominio que se alzaba como un oasis al sureste del temido Desierto del Corato. La brisa marina era partícipe de su atractivo, dotando al reino de unas temperaturas templadas durante todo el año, incluso en las zonas interiores. Sus aguas presumían turquesas y cristalinas en el sur y en el este, donde gobernaba el poderoso mar Zoihlac, que también bañaba, al oeste, las costas de Nuheren. Sin embargo, el norte de Fisla se fusionaba con el furioso mar Gríos, compartido por los vecinos septentrionales de Céleror.

Sus gentes, de una característica piel morena, lucían orgullosas su nacionalidad y cuidaban su tierra como si de un codiciado tesoro se tratase. Si bien recibían con alegría y hospitalidad al viajero, jamás permitirían injuria alguna sobre el nombre de Fisla. Para enfrentarse al enemigo, contaban con un magnífico ejército conocido en todo el mundo por su disciplinada y elegante formación en la lanza y la espada corta.

Muchos afirmaban que sus componentes, más que guerreros, eran artistas que danzaban en combate con elegancia y determinación.

La capital era Ácifra y se situaba en la parte oriental, junto a la costa. No era ningún secreto que desde sus ventanas se contemplaba el mejor amanecer de Crisa, donde el sol regalaba a diario un espectáculo en el que parecía bailar sobre el mar Zoihlac, disfrazado de calaíta. En consecuencia, miles de entusiasmados forasteros atravesaban las murallas de la ciudad para grabar en sus retinas tan deslumbrante exhibición.

En el interior de la urbe, los ojos atendían con frecuencia al maravilloso palacio real, apodado *Castillo de Arena*, pues la arcilla y piedra de sus paredes, al recibir la luz del sol, se tornaban de dicho color, dando la sensación equívoca de que en cualquier momento podía desvanecerse. Por otro lado, la ciudad contaba con varios santuarios donde aún se alababa con firme disciplina a los dioses del sol y de la luna: Astión y Celania. Por todos era sabido que, de los cinco grandes reinos, Fisla era el más religioso, llegando incluso a argumentar que la belleza de sus tierras procedía directamente de las divinidades de los astros. Los fislenses se encomendaban a sus deidades con frecuencia, orando varias veces al día y tratando a sus monjes con altísimo respeto y admiración. Las naciones vecinas, sin embargo, juzgaban tal devoción como anacrónica y propia de un país débil.

Con todo esto, los dominios del Reino Paraíso aún se extendían más allá del mar. Y es que, muy adentrado en el Zoihlac, dirección meridional, se encontraba una isla llamada Meliandalar, que en lengua antigua venía a significar «Isla del Sur». Dada su ubicación, este bellissimo y exótico paraje de delicadas dunas y sobrecogedores bosques tropicales

pasaba prácticamente inadvertido en la geografía de Crisa. Pocos eran los que la conocían y muchos menos los que sabrían llegar hasta ella aun habiéndola visitado con anterioridad.

No era tan extensa como la gigantesca isla de Ércola, pero sí gozaba de un tamaño considerable y digno de aparecer en los mapas. El terreno era arenoso en su totalidad, salpicado por hermosos oasis de lagunas, palmeras y frondosos arbustos, que daban lugar a llamativos bosques que despedían inusuales pero deliciosos olores. En su centro se elevaba el Monte Micra, donde muchos ascendían para ver la salida y la puesta del sol en una excursión que no duraría más de un par de horas desde cualquier localidad.

En cuanto a la población, había dos núcleos claramente distinguidos y separados por el Monte Micra. En el norte se erigió Milín y en el sur, Elián. Ambas carecían de murallas o construcciones defensivas pues, al no haber sido atacadas jamás dada la indiferencia (o desconocimiento) del resto del mundo, sus gobernantes estimaron que eran inútiles y que solo contribuirían a afear las hermosas villas. Por eso mismo, tampoco existía un ejército en Meliandalar más allá de unos pocos contingentes de soldados para restablecer el orden en caso de altercados locales.

Los habitantes de Milín y Elián vivían hermanados desde el principio de los tiempos. Sus ciudades eran muy parecidas en cuanto a arquitectura y organización urbanística, y varias rutas comerciales las conectaban sorteando por este y oeste el Monte Micra. Así, se podía decir que la Isla del Sur había disfrutado desde el principio de sus tiempos de una vida pacífica e imperturbable, con la única visita de barcos de la corte fislense que, de cuando en cuando, echaban amarras en los puertos de Meliandalar por asuntos gubernamentales, tales como recaudación de impuestos o envío de correspondencia.

Quizás por eso, este paraje vivía ajeno al creciente terror que se estaba gestando en Crisa. A pesar de que las noticias de una terrible batalla en Ustaler ya habían alcanzado las blancas costas de la isla transportadas por pescadores y viajeros locales que volvían de sus aventuras, los isleños apenas mostraron interés. Una vez más, era evidente el desinterés de Meliandalar por los asuntos continentales.

—¡Estúpidos arrogantes! —exclamó un herrero de Elián mientras martilleaba una pieza de hierro— ¿Cuándo aprenderán a quedarse en sus fronteras y cuidar de sus tierras?

—Siempre quieren más... —lo secundó su compañero, que examinaba el balance de una lanza con un ojo cerrado— Cuando no es uno, es otro. Tierras, tropas o riquezas. Y mientras, sus soldados mueren en ridículas reyertas.

—Pero, si lo que dicen es cierto, Céleror ha ido demasiado lejos esta vez. Ha atacado Batián sin declaración de guerra y con el apoyo de un ejército de mercenarios. Supongo que es el fin del Tratado de Paz.

—Sí... La Llama Negra, he oído. Un poderoso enemigo de efectivos muy preparados.

—¿Poderoso? —intervino un indiscreto cliente que esperaba a ser atendido— ¿No has escuchado que huyeron con el rabo entre las piernas?

—¡Pues claro! ¿Qué habrías hecho tú si hubieran aparecido a tus espaldas cinco mil proscritos de Artisa cargando como perros hambrientos? —preguntó el primer herrero haciendo una pausa en su tarea.

—Bueno. Los proscritos y... ¡La Aurora de la Esperanza!

—¡Tonterías! —voceó el segundo trabajador sumergiendo la lanza incandescente en un cubo de agua, de donde emanó una pequeña columna de humo— No son más que habladurías

para darle un toque de emoción a la batalla. ¿Aurados que brillan? Los rumores lo exageran todo. Incluso he llegado a escuchar que una bruja controló la ventisca.

—No hagas caso a todo lo que escuchas, amigo —sugirió de nuevo el que martilleaba—. Solo se trata de una lucha entre reinos por lo de siempre: ampliar fronteras. Y al final, los que pagan el pato son la gente de a pie. Todo lo demás son chismes sin sentido.

—Supongo —concedió finalmente el cliente a la vez que recibía la lanza perfectamente acabada a cambio de unas monedas—. Pero lo que está claro es que algo muy extraño está sucediendo en el continente.

El día estaba resplandeciente. Ni una nube enturbiaba la impecable textura del cielo azul. El sol, como de costumbre, se reflejaba con intensidad en las homogéneas casas blancas y comercios de Elián. Cada cual se dedicaba a sus ocupaciones y negocios con absoluta tranquilidad. Era, al fin y al cabo, un día más en el que todo parecía fluir con la acostumbrada normalidad.

En las afueras de la ciudad, en el inmenso palmeral que tapizaba el camino hacia el Monte Micra, una laguna rodeada de labiérnagos prestaba sus aguas a una mujer que lavaba la ropa amontonada en una cesta de mimbre. Concentrada en su tarea, solo irguió su cuerpo al escuchar un crujido entre los troncos de las palmeras. Quedó así al descubierto un bello rostro de grandes ojos marrones, cuya nariz chata descendía de forma graciosa hacia unos labios carnosos. El tono de su piel era más claro de lo que acostumbraban los fislenses, conocidos por ser los más atezados de Crisa. Sobre su espalda caía con elegancia un hermoso pelo negro lacio recogido en una cola. De mediana estatura, un cuerpo bien torneado y cubierto

por un vestido blanco de campesina se mostró al ponerse en pie en posición de alarma. Sus párpados, base de hermosas pestañas, se entrecerraron para examinar los árboles desde los que, a sus espaldas, el ruido había surgido.

No estaba asustada o, al menos, no lo parecía. Se apartó un mechón de su rostro y, tras un rato de espera en que nada sucedió, volvió a sus quehaceres. Con dulzura, acompañó su tarea con una bonita canción típica de las lavanderas de Elián. Estas lavaban la ropa en otras lagunas más cercanas a la ciudad, donde reían y cotilleaban sobre el día a día. No obstante, y a pesar de las constantes invitaciones de sus compañeras, ella se negaba a acompañarlas y siempre escogía la soledad de aquel paraje por motivos que nadie lograba entender.

Un nuevo crujido le hizo incorporarse, esta vez con más brusquedad y dispuesta a descubrir a quien la estuviera acechando oculto tras la vegetación. No hubo mucho tiempo de espera.

—Tan bella como siempre, Eudai —dijo un elegante ciudadano de mediana edad que apareció tras una palmera seguido de dos hombres.

—Zárur, ¿qué quieres esta vez? —preguntó la mujer con tono de hartazgo.

—Recordarte que ya son treinta primaveras las que has visto y sigues sin estar desposada —respondió con engreimiento el recién llegado de ojos negros y un cuidado rostro imberbe.

—Estoy ocupada.

—De sobra sabes que nuestro enlace proporcionaría a tu familia una vida digna. Tu padre no tendría que seguir trabajando como carpintero a pesar de sus heridas, y tú, por supuesto, no seguirías rebajándote a lavar la ropa como las esclavas. Mira tus manos —continuó Zárur asiendo a la muchacha por las muñecas para mostrarle unas uñas desgatadas.

—No me importa que tu familia sea la más rica de Elián —contestó con frialdad Eudai tras liberar sus manos—. ¡Jamás me casaré contigo!

—La más rica de Meliandalar —corrigió el hombre, provocando la risa de sus dos seguidores—. Muy bien. Tiempo al tiempo. No olvides que te haces mayor y que pronto no habrá nadie interesado en ti. ¿Quién os mantendrá a tu madre, a tu hermana y a ti cuando muera tu padre?

—Eso no es, ni será jamás, asunto tuyo.

—Quizás tu hermana pequeña sea más inteligente y piense más en los suyos. Ya tiene veintidós, ¿cierto? —se mofó Zárur liberando de nuevo una serie de risas.

—¡No te acerques a mi hermana! —le ordenó Eudai agarrándolo por los cuellos de su pomposa camisa.

—¡Aparta!

La campesina fue a parar al suelo de un fuerte empujón, golpeando con violencia su cadera contra la cesta de mimbre y liberando, consecuentemente, un gemido de dolor. Entre carcajadas, los acompañantes del pretendiente de la chica cogieron la cesta cargada de ropa y la arrojaron al agua.

—Entonces sé una esclava. Métete en la laguna y recoge la ropa —dijo Zárur con una odiosa sonrisa.

La respiración de Eudai se aceleró drásticamente mientras los demás la humillaban con su carcajeo. Apretó con fuerza los puños y las mandíbulas e intentó tranquilizarse por todos los medios, pero ya era tarde; una línea había sido traspasada.

Las aguas de la hasta ahora serena laguna comenzaron a agitarse como si estuvieran hirviendo. La campesina se levantó de nuevo y se plantó frente a Zárur y sus hombres, que observaban perplejos el nuevo estado del pequeño lago.

Tan absortos estaban por el antinatural movimiento del agua, que no cayeron en la cuenta de que los ojos de Eudai habían abandonado su habitual color marrón para tornarse azules fosforescentes.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó uno de ellos, ignorando a la mujer.

De repente, unas campanas redoblaron en Elián y, sin más, los ojos de la campesina y el agua de la laguna volvieron a su ser.

—¡Forasteros se acercan a nuestra costa! —intuyó el otro acompañante olvidando por completo el extraño suceso que acababa de tener lugar.

—Esto no ha terminado, Eudai —amenazó Zárur encarándose con ella una vez más—. Tú y tu familia no tenéis alternativa. Acabarás siendo mía. ¡Recuerda mis palabras!

—No te tengo miedo —respondió con bravura la chica.

Acto seguido, los tres varones abandonaron la laguna a la carrera, dejando a la campesina en soledad y dando gracias a las campanas por haber interrumpido lo que con certeza habría terminado en desastre. Con tranquilidad y fastidio se introdujo en el agua para recoger una a una todas las prendas que flotaban en la superficie. Tras terminar de lavarlas, puso rumbo a su hogar, en la parte alta de Elián.

—No me gusta esta situación —opinó Fracis vertiendo parte de la ensalada tropical en su plato—. ¿Exploradores? ¡Ja! Esos forasteros buscan algo en Meliandalar por mucho que digan. ¿Desde cuándo no vienen exploradores por aquí?

—Según los rumores, tan solo se han detenido en la isla para descansar unos días, padre —intentó mediar Eudai partiendo una hogaza de pan y repartiéndola entre su hermana y sus progenitores.

Fracis era un hombre delgado de ojos claros. A pesar de no ser muy mayor, presentaba una gran dolencia en su rodilla, recordatorio de sus años de servicio militar en la Físla continental. Era un buen carpintero que, aunque subestimado por todos en Elián, albergaba una profunda sabiduría acopiada en el transcurso de sus viajes como soldado. Su escaso pelo ya era gris.

—¿Has visto el galeón del que han desembarcado? —insistió— ¿Qué explorador viaja en semejante navío? No. Esto no me gusta nada. Algo está pasando y es cuestión de tiempo que lo averigüe.

—Tranquilo, Fracis —intervino su mujer, Esthrea—. Sean cuales sean sus motivos, no nos atañen.

Era de mediana estatura y de piel más morena que la de Eudai. Se intuía una mujer dulce y sonriente, con un pelo negro recortado a la altura de los hombros. Rondaba los cincuenta años, como su marido.

—Esperemos que así sea —respondió el carpintero—. Se avecinan tiempos oscuros. Saben los dioses qué asuntos les han traído aquí realmente.

—¿Te refieres a Eudai? —preguntó preocupada la última integrante de la familia, llamada Írea. Era delgada y de estatura similar a la de su hermana mayor. Su rostro era parecido al de su madre, aunque la joven lucía una trenza rubia que le caía sobre la espalda.

—Nadie sabe de mi existencia en el continente —intervino inmediatamente la aludida—. Es imposible que vengan a por mí.

—Es imprescindible una discreción absoluta. Ahora más que nunca —dijo Fracis.

—¡Se acabó! —exclamó Esthrea con enfado— ¡Estás asustándolas! ¿Cuántos barcos se detienen en nuestras costas al cabo del año? ¡Ya basta! Son simplemente unos exploradores que están de paso. ¡Así de sencillo!

—Nada es sencillo desde la Batalla de Ustaler —rebatíó el padre.

Se hizo un silencio. Esthrea clavó una mirada furtiva en su marido que no pasó desapercibida. Las hijas, desconcertadas, aguardaron calladas a que alguien ayudara a disipar la recién instaurada tensión.

—Lo que suceda en Crisa no es asunto nuestro —insistió la madre, aún fija en su pareja—. La Batalla de Ustaler fue meramente una riña entre reyes déspotas y caprichosos, como viene siendo costumbre entre ellos por muchos tratados de paz que firmen. Son gentes incivilizadas, pedantes y egoístas que siempre quieren más. No entienden de hermandad, de solidaridad o de paz. Por eso, cuanto más lejos estén de nosotros, mejor. ¡Dejad que se peleen entre ellos y olvidaos de una vez!

—La gente habla de la Aurora de la Esperanza —se atrevió a decir Írea con precaución dado el estado de alteración de su progenitora—. ¿Qué es la Aurora de la Esperanza? ¿Quién es Éilir de Eternia?

—La gente habla por hablar y altera los acontecimientos reales. Solo los que estuvieron allí saben de verdad lo que ocurrió. La Aurora de la Esperanza es una leyenda; nada más. No sé quién es ese Éilir de Eternia, pero probablemente sea un guerrero más, endiosado por matar a cuatro enemigos —contestó Esthrea, cada vez más nerviosa.

—¡Una leyenda! —exclamó Fracis con incredulidad.

—¡Así es, mi querido esposo! —lo interrumpió su mujer inmediatamente— Una leyenda milenaria de Crisa para asustar a los niños y que se vayan a dormir antes de que un general loco llamado Goroth venga a por ellos. Los aurados no existen ni existieron jamás y la Aurora de la Esperanza, si fue real, no era más que una resistencia a la oscuridad que se formó y disgregó tras cumplir su objetivo 1.523 años atrás. ¡Punto!

Súbitamente, el hombre se puso en pie con brusquedad, captando la atención de su familia. Devolvió la mirada a su esposa, esta vez de decepción. Ella, sorprendida, arqueó las cejas buscando una explicación que nunca llegó. Con tristeza y un leve cojeo, abandonó la estancia generando en sus hijas una aguda confusión. No se pronunció una palabra más.

Tranquilamente, las mujeres acabaron de almorzar y limpiaron la mesa. Se retiraron entonces a la salita, que albergaba no menos de cinco estanterías repletas de libros. Aunque era difícil de creer, los cuatro miembros de aquella familia eran grandes lectores. Esthrea, procedente de una familia de boticarios, había puesto un gran empeño en instruir a su esposo y a sus hijas. A pesar de haberlo conseguido, tan solo Írea decidió seguir sus pasos en el mundo de la curación, convirtiéndose las dos en las curanderas de Elián. Por su parte, Eudai, aunque también adquirió conocimientos médicos, se dedicaba a cocinar, lavar la ropa y otros quehaceres domésticos atendiendo al insistente consejo de sus padres de pasar lo más inadvertida posible.

—¿Por qué está tan preocupado? —inquirió finalmente Írea.

—Teme que hayan venido a por Eudai —contestó, sin tapujos, la madre.

—Nunca se ha preocupado tanto por ningún viajero —apuntó la hermana mayor—. ¿Por qué estos son distintos? Y, ¿qué tiene que ver la Batalla de Ustaler?

—Vuestro padre ha luchado en el continente. En su juventud vio cosas que nadie debería ver. Es normal que se preocupe por sus hijas. Es mejor dejarlo pasar. Pronto volverá a casa.

Así, permitieron que la tarde pasara como una ola sobre la orilla, borrando todo lo escrito en la arena del almuerzo. Leyeron y conversaron, dando por olvidada la actitud de aquel hombre que, probablemente, solo fue fruto de temores infundados a raíz de las noticias que llegaban del continente últimamente.

Pero no así lo consiguió Fracis, cuyos pasos ausentes lo habían conducido a la taberna semicubierta construida en primera línea de playa. Aunque su presencia en la tasca se extendía ya por más de tres horas, solo dos jarras de cerveza habían mojado su garganta. Los vecinos le saludaban al entrar y al salir, y él, abstraído en sus pensamientos sentado en la barra, se limitaba a devolverles el saludo con un vago gesto de su cabeza.

—¿Qué ocurre, amigo? —le preguntó Barku, su compañero de oficio, cuyo cuerpo obeso le hacía caminar despaciosamente. Un gran bigote nacía en su cara rechoncha, donde se incrustaban dos pequeños ojos castaños.

—No te he visto llegar —contestó tranquilamente el padre de Eudai.

—No me extraña. Llevas toda la tarde aquí, mirando la jarra de cerveza. ¿Qué te atormenta?

—Recuerdos de antaño, Barku. De los que atacan sin avisar.

—Ah... ¿De tus días en Crisa? —se interesó el amigo sentándose en la banqueta contigua, que crujió en su esfuerzo por aguantar el excesivo peso.

—Justo. Es como si todo estuviera a punto de cambiar —musitó Fracis terminando la cerveza que quedaba en la jarra.

—¿A qué te referes?

En ese momento, media docena de nuevos clientes se adentraron en la taberna caminando con decisión. Por sus flamantes aspectos y sus capas negras, era fácil adivinar que se trataba de los famosos forasteros que habían arribado aquella misma mañana. Se sentaron en las banquetas de la barra, justo a las espaldas de Barku, y pidieron con educación una ronda de cervezas. Inevitablemente, los ojos de los carpinteros examinaron a los recién llegados.

—¡Bienvenidos a Elián, caballeros! —se aventuró a saludar Fracis de inmediato.

—¡Bienhallado seáis! —respondió uno de ellos con una amable sonrisa, tras la que volvió a girar su cuerpo hacia sus amigos.

—Disculpad mi curiosidad —insistió el padre de Eudai captando de nuevo la atención de los visitantes—, ¿qué os trae tan lejos del continente?

—Surcamos el mar Zoihlac en busca de nuevas islas por orden de su majestad, el rey de Fisla —contestó otro con la misma amabilidad—. Nuestra intención es aprovisionarnos y descansar aquí.

—¿Cuánto tiempo? —profundizó Fracis, comenzando a incomodarles.

—No es seguro, caballero. Tres días quizás.

—¿No os retrasará demasiado en vuestra importante misión?

—¿Acaso plantea un problema nuestra presencia? —preguntó ahora uno de ellos poniéndose en pie y captando las miradas de los demás.

El carpintero analizó al extranjero de arriba abajo con descaro. Mil ideas surcaron su mente y ninguna de ellas presagiaba un buen final. Sospechaba peligrosamente de aquellos viajeros de elegante y caballerosa fachada pero de desconocidas intenciones.

¿Búsqueda de nuevas islas? En 1.523 años de existencia, Fisla no había hecho incursiones más al sur de Meliandalar. ¿Por qué iba a hacerlas ahora? Además, saltaba a la vista, por su pálida tez, que ninguno de aquellos hombres era fislense. ¿Por qué iban a servir al rey de Fisla?

En otros tiempos, habría entablado una discusión más activa con ellos, llegando incluso a las manos. No obstante, ahora su pierna no le permitiría luchar más allá de un par de puñetazos. Además, su mirada se cruzó con la de su compañero Barku, que observaba perplejo la escena y parecía rogarle que se tranquilizara. Sabedor de que nada conseguiría si seguía por la senda de la violencia, decidió rebajar la tensión y optar por una estrategia más astuta.

—En absoluto —respondió—. Lamento si mi curiosidad ha dado lugar a dudas en ese sentido. ¿Querriais compartir esta ronda conmigo?

—Por supuesto —aceptaron los seis extranjeros—. Pero invitaremos nosotros.

Así, se sumergieron en una serie de rondas de cerveza en las que intercambiaron información y anécdotas interesantes. A su posición se aproximaron más vecinos que quedaron deslumbrados por las historias de los forasteros. Barku, por ejemplo, no podía ni pestañear mientras escuchaba la arriesgada travesía que aquellos viajeros realizaron por las inmediaciones de la peligrosísima península de Boscada, al este de Céloror.

De la extensa conversación, se desprendió el dato de que más de cincuenta hombres navegaban en el galeón que ahora se hallaba anclado en la playa de Elián. Entre aquellos seis clientes se hallaban el capitán y el teniente del navío, que habían decidido bajar a tierra para buscar provisiones

y hospedaje para su tripulación. Nadie, salvo Fracis, pareció atender a esa información.

Poco a poco, los invitados se ganaron a los clientes de la taberna, que reían sin parar, cada vez más ebrios. De esta manera, las dudas y el temor se fueron disipando entre los locales a medida que avanzaba la tarde, hasta un punto en que no parecía haber extranjeros. No obstante, el padre de Eudai se mantenía cauto y fiel a sus sospechas, prestando atención a todas y cada una de las palabras pronunciadas.

—¡Vecino! Ven a tomarte algo con nosotros —dijo el capitán a un hombre que se sentaba en soledad en una mesa alejada del tumulto.

A los ojos de cualquiera, era una persona muy extraña. A pesar de la humedad y elevada temperatura ambiental, cubría todo su cuerpo con ropajes, no dejando visible ni una sola parte de su piel aparte de su cara. Sus ojos eran de un azul tan intenso que no parecía natural. La piel de su rostro, contrastando con todos los allí reunidos, era sorprendentemente pálida, casi transparente. El cuerpo, aunque sentado, se intuía escuálido y de escasa altura.

Al escuchar la invitación, alzó su cabeza y, acto seguido, se volteó hacia la dirección opuesta, dando la espalda a los bebedores de la barra.

—Es Freos. No habla con nadie —explicó uno tras limpiar su barba de espuma de cerveza—. Es un pobre loco.

El capitán miró detenidamente al solitario que había ignorado su ofrecimiento. No se mostró ofendido, pero Fracis detectó cierto interés en su mirada. No obstante, en pocos segundos, devolvió su atención al grupo de gente con el que estaba bebiendo.

—¡Por todos los dioses! ¡Hace calor aquí! —exclamó retirando su capa y la chaqueta para quedarse con tan solo una camisa blanca empapada por el sudor.

—Es la humedad, señor —informó uno de los vecinos con dificultad por el alcohol—. Hace que el calor se pegue hasta los huesos.

—¡Me gusta esta isla! —dijo de nuevo el oficial— Quiero hacer un brindis.

Todo el mundo calló para escuchar con atención las palabras de aquel navegante, que se había colocado en el centro de la reunión.

—¡Por Elián y sus gentes, que tan amablemente nos han acogido! Espero que estos días que estemos aquí entablemos una gran amistad.

Terminado el discurso, alzó su brazo con la jarra de cerveza. Inmediatamente después, los acompañantes, locales y extranjeros, imitaron su movimiento para chocar los cristales con una gran algarabía de felicidad y orgullo. En ese preciso instante, cuando Fracis se disponía a retirarse por sentirse cansado, algo que solo él percibió llamó su atención sobremanera. Sus ojos no podían apartarse del brazo derecho del capitán. Ahora que no había chaqueta ni capa, y que el sudor había empapado su camisa, un extraño tatuaje apareció en la parte exterior de su muñeca, transparentado a través de la tela. El carpintero, que resultó ser la única persona sobria del local, vio una llama negra. Su semblante quedó helado durante unos momentos. Disimuló su preocupación e incluso se unió a los gritos de algarabía de sus vecinos.

A continuación, de manera súbita y con facilidad para escabullirse dado el estado de los demás, abandonó la taberna con paso ligero. En el exterior ya era de noche y la luna creciente

regalaba su brillo a la arena, que parecía ahora un sinfín de joyas blancas. Sin vacilar ni detener el paso a pesar de su cojera, se hizo con un palo de antorcha y se apresuró hasta el mismo palmeral donde Eudai había lavado la ropa por la mañana. Caminó más allá, entre los troncos, con precisión y prácticamente a oscuras, dejando la laguna atrás, hasta que el bosque se tornó demasiado tupido como para avanzar plácidamente. Entonces, prendió la antorcha y se adentró en la espesura.

Apartó ramas, insectos y alguna que otra serpiente. Se detuvo en varias ocasiones para apoyarse en alguna roca o tronco curvo y recobrar el aliento. Su corazón latía con fuerza y sabía que su presteza era vital. Examinó sus alrededores para asegurarse de que nadie lo seguía. Así era. No había más compañía que la vegetación que lo protegía y la fauna que lo observaba con curiosidad. Tras recuperarse, retomó su marcha.

Media hora más de caminata fue suficiente para que diera con una antigua cabaña de madera en ruinas. Por el aspecto putrefacto de sus vigas, podría haber estado inhabitada durante décadas. Aparentemente, nada podría captar el interés en aquel extraño lugar. Sin embargo, un repentino arrullo sonó desde el final de la destrozada vivienda. Acto seguido, un aleteo zumbó en la soledad y una paloma voló hacia su hombro. Bajo su ala se distinguía una irregular mancha azulada.

Sobre un tablón que hizo las veces de mesa, Fracis colocó un tintero y un pequeño trozo de pergamino. Con cuidado, mojó una pluma y escribió un mensaje breve que, poco después, ató a la pata de la paloma.

—Bien, amiga mía. Ha llegado el momento. Demuestra el valor de las palomas de Áruil. ¡No me falles!

Y así, con elegancia, el ave alzó el vuelo hacia el oscuro cielo. Abajo, sumergido entre un espeso palmeral donde nadie

podría encontrarlo, el carpintero de Elián puso rumbo a su hogar con la esperanza de que su mensaje alcanzara su destino. En el trayecto, su cabeza no pudo evitar recrear el contenido del pergamino una y otra vez:

«Están aquí. Fáhlor, ayúdanos».